

El Estado-nación europeo. Sus logros y sus límites. Sobre el pasado y futuro de la soberanía y la ciudadanía*

J. Habermás**

Como el nombre de las "Naciones Unidas" ya revela, actualmente la sociedad mundial está políticamente compuesta de estados naciones. Esto no es un hecho trivial. El tipo histórico de este Estado que aparece con las revoluciones francesa y americana se ha extendido a lo ancho del planeta. Después de la Segunda Guerra Mundial una tercera generación de estados-nación emergió del proceso de descolonización. Esta tendencia continúa desde la implosión del imperio soviético. Los estados naciones probaron superioridad a las naciones estados (o sus federaciones) y a la herencia moderna de los viejos imperios (en el último de los cuales, China, se puede observar por debajo del agua un proceso de transformación). Este éxito global de la nación estado es, en primer lugar, debido a las ventajas del moderno Estado como tal. Empezaré, antes de ocuparme de la formación de naciones estados (3) con comentarios separados en cada uno de los dos componentes: sobre qué entendemos actualmente por (1) "Estado" y (2) "Nación".

(1) En la tradición alemana "Estado" es un término legal que se refiere y aplica al mismo tiempo a "Staatsgewalt" como una rama ejecutiva de la seguridad interna y externa de la soberanía; a "Staatsgebiet" un territorio delimitado claramente, y a "Staatsvolk", la totalidad de los ciudadanos. Más tarde es el mensajero simbólico del orden legal que

constituye la jurisdicción dentro de los límites del Estado territorio. Desde un punto de vista sociológico, uno podría añadir que el corazón institucional de este Estado moderno está formado por una legalidad constituida sobre un aparato administrativo altamente diferenciado, el cual monopoliza el sentido de la violencia legítima y obedece a una interesante división del trabajo con una sociedad de libre mercado para las funciones económicas. Con el soporte del ejército y la policía, el Estado mantiene su autonomía dentro y fuera; soberanía significa que la autoridad política mantiene ambas, ley y orden dentro de las fronteras de sus territorios y la integridad de esos límites contra un medio ambiente internacional, en donde la participación significa reconocer a cada uno de los otros bajo la ley internacional. Debido a las diferencias institucionales entre las funciones económicas y políticas, Estado y sociedad mutuamente dependen cada una de la otra. El Estado administrativo es dependiente de los impuestos, mientras la economía de mercado cuenta con las garantías legales, las regulaciones políticas y las provisiones infraestructurales. En resumidas cuentas, el inmenso éxito histórico de la nación Estado en parte puede ser explicado por el hecho de que el moderno Estado, es decir el dúo de burocracia y capitalismo han impulsado el más efectivo vehículo para una acelerada modernización social. Todos nosotros vivimos actualmente sociedades nacionales, las cuales deben su identidad a la unidad organizacional de tales estados. Pero los modernos estados se han incrementado antes de que las "naciones", en el sentido moderno, existieran. Fue a partir del siglo XVII que ambos elementos, el moderno Estado y la moderna na-

* Ponencia presentada en el 17o. Congreso Internacional de Filosofía del Derecho de 1995, efectuado en Bologna, Italia.

** Universidad de Frankfurt. Traducción de Liliana Fort Chávez.

Como el nombre de las "Naciones Unidas" ya revela, actualmente la sociedad mundial está políticamente compuesta de estados naciones. Esto no es un hecho trivial.

ción, se mezclaron en la forma de nación Estado. Ciertamente, en el contexto legal y político, nosotros normalmente usamos "nación" y "pueblo" como términos intercambiables. Aun atrás del recto significado político y legal, el término "nación" comporta connotaciones de una comunidad formada por descendencia común, cultura e historia y frecuentemente por una lengua compartida también. Los miembros de un Estado forman una "nación" en términos de una particular forma de vida. No hay oportunidad que el concepto de "nación" ambiguamente se refiera a ambos, una "Volksnation" y una "Staatsnation", una nación prepolítica y una nación de ciudadanos autorizados legalmente.

2) Estos dos conceptos podrían desaparecer difícilmente porque de raíz el concepto de "Volksnation" ya tuvo dos diferentes tendencias premodernas. El término moderno de "nación" hereda su significado desde la ambivalente historia de un término de nación, tanto cultural como político. Permítanme una pequeña digresión cultural en la historia conceptual.

En el uso clásico, entre los romanos, tanto "**natio**" como "**gens**" funcionaron como el opuesto de "**civitas**". Aquí, las naciones eran inicialmente comunidades de gente de la misma descendencia, las cuales aún no estaban integradas en formas políticas, fuera de las interdependencias por acomodo, lengua común, hábitos y tradiciones. Este uso de la palabra se extiende a través de la Edad Media hasta la temprana modernidad y se aplica aquí a todas aquellas situaciones en las cuales "**natio**" y "**gens**" son tomados como equivalentes. Entonces, por ejemplo, los estudiantes en las universidades medievales fueron divididos en naciones dependiendo de las regiones desde donde venían. Aun antes, los orígenes nacionales adscritos a uno por otro fue en una conspicua manera unido a la demarcación peyorativa de los extranjeros desde la propia nacionalidad.

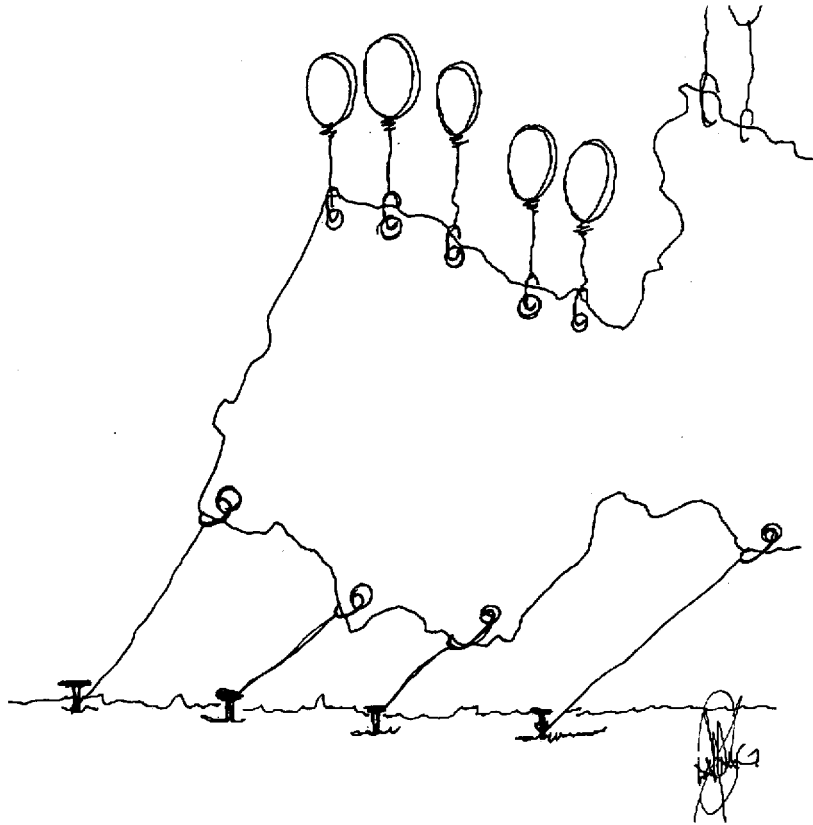
Al mismo tiempo, el término "**natio**" ganó otro significado en un contexto diferente. El nuevo signifi-

cado político trajo connotaciones positivas. Durante el antiguo imperio alemán el sistema feudal había sido desplazado por la sociedad política estratificada del estado corporativo. "**Stände**" en el sentido político se basó en contratos (como la famosa Carta Magna) en la cual el rey o emperador, quien era dependiente de los impuestos y de la milicia, garantizaba a la aristocracia, a la iglesia y a los pueblos algunos privilegios, es decir participación limitada en el ejercicio del poder político. Estados conocidos a través de sus parlamentos o dietas, y que representaron al país o "**la nación**" cara a cara a la Corte. Como "**nación**" la aristocracia ganó una existencia política, la cual, al mismo tiempo, también gozó la masa de la población o "sujetos privados". Esto explica la revolucionaria implicación del **slogan** "Rey en el Parlamento" en Inglaterra, y de la identificación del Tercer Estado con la nación en Francia.

La transformación democrática de la "Adelsnation", la nación de la nobleza, en un "Volksnation", una nación de la gente, requiere un cambio mental profundo sobre la parte de la población general. Este proceso fue inspirado por el trabajo de académicos e intelectuales. Su propaganda nacionalista llevó a una movilización política entre las clases medias educadas urbanas, antes que la moderna idea de una nación tuviera resonancia. Para extender esta idea, durante el curso del siglo XIX se apoderaron de la imaginación de las masas tan pronto como aclararon que el transformado concepto político de nación había tomado prestadas también connotaciones desde los viejos conceptos gemelos, precisamente la habilidad para generar estereotipos los cuales han sido asociados con "**nación**" como un concepto de origen. El autoentendimiento como nación frecuentemente funcionó para diferenciar las cosas extrañas, para degradar otras naciones y para discriminar o excluir minorías nacionales, étnicas y religiosas, especialmente judíos. 3) Los dos componentes del concepto de nación Estado, Estado y nación, se refieren a dos diferen-

tes y convergentes procesos históricos: la formación de los estados modernos y la construcción de las naciones modernas. Las naciones estados clásicos en el oeste y norte de Europa, evolucionan dentro de los estados territorialmente existentes, mientras que en las naciones "retardadas", Italia y Alemania, tomaron un curso que llegó a ser típico

el cual la presente auto comprensión normativa del Estado constitucional deviene. En lo que sigue no atenderé a los diferentes patrones de las historias nacionales, las cuales, de hecho, tienen un impacto sobre la fuerza o debilidad de las culturas políticas liberales. Los regímenes democráticos probaron más estabilidad en países donde una identidad ña



para el centro y el este de Europa: aquí, la formación del Estado solamente siguió las huellas de una conciencia nacional cristalizada alrededor de la lengua común, la cultura y la historia. La categoría de actores que iniciaron y ejecutaron el proceso de cada Estado o edificio nacional difieren significativamente. Atendiendo a la formación de los modernos estados, abogados, diplomáticos y funcionarios, principalmente, se comprometieron en la construcción de una efectiva burocracia, por otro lado, escritores, historiadores y periodistas precedieron las fuerzas diplomáticas y militares del estadista (como Cavour y Bismark) con la propagación de el -al principio imaginario- proyecto de una nación unificada sobre términos culturales. Ambos desarrollos dirigen a la nación europea en el siglo XIX, la cual en todo caso provee el contexto, desde

cional se desarrolló mano a mano con las luchas revolucionarias hasta las libertades civiles dentro del territorio existente del Estado, mientras que las democracias resultaron menos estables allí donde los movimientos nacionales o guerras de liberación en contra de enemigos extranjeros han creado fronteras para los nacientes estados nacionales.

II

1} Primero explicaré que los estados modernos ganaron solamente por su fusión con la homogenei- zante idea de nación'. Esta primera forma moderna de identidad colectiva tuvo ya funciones catalíticas para la transformación de los tempraneros estados modernos en repúblicas democráticas. La autocon-

ciencia nacional de la gente proveyó un contexto cultural que facilitó la activación política de la ciudadanía. La comunidad nacional generó una nueva clase de conexión entre personas que habían sido extranjeras entre ellas. Por esto, el Estado nacional podría resolver dos problemas a la vez: él estableció una moda democrática de legitimación sobre la base de una nueva y más abstracta forma de integración social.

En resumidas cuentas, el primer problema comenzó con el despertar de las guerras religiosas. El conflicto entre confesiones y denominaciones llevó al pluralismo religioso a socavar toda las demandas de legitimación divina de los reyes y al final requirió la secularización del Estado. La autoridad política necesitó de otra legitimación que la que derivaba de un punto de vista religioso. El segundo problema de la integración social, fue una consecuencia de varios procesos de modernización. La población fue sacada de sus relaciones tradicionales y liberada desde los lazos corporativos de las primeras sociedades modernas y de ese modo confrontó la experiencia alienante de llegar a ser aislada y movilizada al mismo tiempo. La nación estado opuso ambos cambios a una activación política de la gente. La nueva clase de identidad nacional permitió combinar una forma más abstracta de integración social dentro de un patrón cambiado de procesos políticos: aquellos que habían sido sujetos a una regla más o menos autoritaria, ahora, paso a paso ganaron su *status* de ciudadano. El nacionalismo estimuló este movimiento desde el *status* de sujeto privado o ciudadano.

Ciertamente hubo un gran tiempo antes que los derechos políticos incluyeran a la población como una totalidad. Pero durante la expansión de la participación política, emergieron nuevos niveles de legalidad, mediada por la solidaridad entre ciudadanos, mientras que el Estado, por la implementación de los procedimientos democráticos, al mismo tiempo extrajo su nueva fuerza secular de legitimación. Esta innovación se explica mejor en términos de ciudadanía. Claro, nunca hubo un Estado moderno sin definir sus fronteras sociales en términos de derechos de ciudadanía, los cuales regulan quién es, y quién no está incluido en la comunidad legal. Pero ser un miembro de un Estado particular significa precisamente ser sujeto a sus autoridades. Con la transición a un Estado nacional democrático esta legalidad adscribió cambios de membresía a su significado: ahora la ciudadanía ganó el adicional significado político y cultural de un logro perteneciente a la comunidad de ciudadanos autorizados, los cuales activamente contribuyen a su mantenimiento. Esta adición de significado debe ser

diferenciado, sin embargo, de acuerdo a los aspectos políticos y culturales de la demanda ciudadana, en la cual los extremos del republicanismo y nacionalismo corren juntos.

Vista a distancia la temprana modernidad, nosotros podemos decir que el absolutismo, para simplificar diremos: el estado hobbesiano ya fue construido en forma de ley vigente o positiva, la cual invistió sujetos privados -los miembros contratantes de una creciente sociedad de mercado- con algunos poderes legales de sus propiedades. Debido a este desarrollo de la ley civil, ellos ya disfrutaban, en términos de un conjunto de derechos aún inequitativamente distribuidos, de autonomía privada en ciertos ámbitos. El Estado constitucional es concebido como un orden político establecido voluntariamente por el consentimiento de la gente, de tal manera que se auto comprenden como autores de la ley. Pero no habría sido una fuerza que guiara la transformación y habría habido una carencia de ímpetus aun dentro de una república formalmente constituida, si una nación de ciudadanos autoconcientes no hubiera emergido de los sujetos, al final de la larga marcha. Para esta movilización de gentes se requería una idea que pudiera tener un atractivo en los corazones y mentes de la gente, más fuerte que esas ideas abstractas de los derechos humanos y de la soberanía popular. Esta brecha fue satisfecha por la idea moderna de nación, la cual primero inspiró a los habitantes de un territorio específico con el sentido de pertenencia a la misma república. Sólo los sapientes de una identidad nacional, que cristaliza alrededor de una historia común, lengua y cultura, sólo la conciencia de pertenecer a la misma nación, hace que la gente distante, extendida a lo largo del territorio, se sienta políticamente responsable por los demás. Los ciudadanos entonces se ven a sí mismos como partes de la misma totalidad, en cualquier término abstracto legal en que esa totalidad pueda ser constituida. Esta clase de autoconciencia nacional se refiere a *Volksgeist*, el espíritu único de la nación, el cual fue cuidadosamente construido por intelectuales en términos de mitos románticos, historias y literatura tradicional, y el cual llega a ser anchamente comunicado a través de los canales de los mass media. Esta identidad cultural provee el sustrato de integración social para la identidad política de la república.

Esto explica por qué la ciudadanía ha sido impelida en un doble código: ella se extiende al lado del *status* legal, definido en términos de derechos civiles, a la membresía de una comunidad definida culturalmente. Ambos aspectos son complementarios. Sin esta explicación cultural de los derechos políti-

eos de membresía, el Estado nacional europeo, en su periodo inicial difícilmente habría tenido la fuerza para alcanzar lo que he nombrado como su principal logro: establecer un nuevo y más abstracto nivel de integración social en términos de una implementación legal de la ciudadanía democrática. Hay pocos contra ejemplos. El ejemplo de los Estados Unidos muestra que los estados nacionales pueden conservar bien sus formas republicanas sin el soporte de una cultura nacionalmente homogénea; aquí la distribución de la religión cívica fue, sin embargo, mantenida sobre la base de una incuestionable mayoría cultural, hasta recientemente.

2) Hasta ahora he hablado de los logros del Estado nacional; el reverso de este acomodo es la no fácil tensión entre la auto comprensión nacionalista y republicana. El destino de la democracia depende de cuál domina a la otra. Con el crecimiento del Estado nacional y la implementación de la ciudadanía democrática, la noción de soberanía cambia también. Esto afecta, como hemos visto, la noción de soberanía interna como la mudanza de la soberanía desde el rey hasta el pueblo. Pero el cambio tiene un impacto sobre la percepción de la soberanía externa como tal. Cuando el Estado nacional emerge, la vieja idea maquiavélica de la autoafirmación estratégica en contra de enemigos potenciales gana el significado adicional de una autoafirmación existencial de "la nación". Con ello un tercer concepto de libertad es introducido, después de las libertades de las personas privadas y de la autonomía política de la ciudadanía. Mientras esas libertades individuales son garantizadas por derechos humanos, la libertad de la nación de una diferente y una particular naturaleza, referida a una colectividad, la independencia de la cual debe ser defendida, si es necesario, con la sangre no de mercenarios sino de los "hijos de la nación". La interpretación de la nación como una entidad prepolítica permite sostener una estática imagen temprana de soberanía, que a parte está imbuida por colores nacionales.

Este es el lugar donde el Estado secular preserva un residuo de trascendencia sacra: en tiempos de guerra el Estado nacional impone en su ciudadanía el deber de arriesgarse y sacrificar sus vidas por la libertad nacional. Desde la Revolución Francesa la conscripción general va a defender los derechos civiles, la voluntad de luchar y morir por su propio país expresa al mismo tiempo conciencia nacional y virtud republicana.

Con el soporte del ejército y la policía, el Estado mantiene su autonomía dentro y fuera; soberanía significa que la autoridad política mantiene ambas, ley y orden dentro de las fronteras de sus territorios y la integridad de esos límites contra un medio ambiente internacional, en donde la participación significa reconocer a cada uno de los otros bajo la ley internacional

Este doble código es revelado por las inscripciones de la memoria colectiva: los eventos políticamente memorables en la lucha por derechos civiles se enlazan con las ceremonias militares en memoria de los soldados muertos en acción. Ambos rastros dejan ver el significado ambiguo de nación: la nación voluntaria de ciudadanos, quienes generan legitimación democrática y la herencia o adscripción nacional de ellos, nacida allí y que facilita la integración social. Staatsbürger o ciudadanos que suponiéndose se constituyen a sí mismos como una asociación de personas libres e iguales por elección; Volksgenos- sen o nacionales se encuentran a sí mismos formados por un estilo heredado de vida y por una experiencia de destino según la distribución histórica. En esta comprensión de Estado nacional, hay una tensión entre el universalismo de una comunidad legalmente igualitaria y el particularismo de una comunidad cultural enlazada por origen y destino. Esta tensión puede ser resuelta sobre la condición de que los principios constitucionales de los derechos humanos y la democracia dan prioridad a un entendimiento cosmopolita de la nación como un conjunto de ciudadanos en contra de una interpretación etnocéntrica de la nación, como una entidad prepolítica. Sólo bajo una descripción no naturalista, la nación puede ser levemente combinada con la autocomprensión universal del Estado constitucional. La idea republicana entonces puede operar como un apremio de orientaciones particulares de valor. Ello puede entonces penetrar y estructurar las formas subpolíticas de vida de acuerdo a patrones universales. El logro más grande del Estado constitucional fue sustituir la fuerza integrativa de la ciudadanía democrática por las desgastadas formas tradicionales de integración social. Pero este corazón republicano del Estado nacional es un peligro tan pronto como las fuerzas integrativas de la nación, que eran significantes solamente como soporte a la democratización, se retrotraen a un hecho prepolítico, a la semblanza casi natural de la comu-

nidad histórica -es decir a algo dado independientemente de la opinión pública- y la formación de la voluntad de los ciudadanos por sí mismos. Hay dos razones obvias del porqué de este peligro, que durante el curso de los siglos XIX y XX han surgido una y otra vez. Una es conceptual y la segunda empírica.

***El autoenlendimiento
como nación
frecuentemente
funcionó para
diferenciar las cosas
extrañas, para
degradar otras
naciones y para
discriminar o excluir
minorías nacionales,
étnicas y religiosas,
especialmente judíos.***

Hay una brecha conceptual en las construcciones legales del Estado constitucional, la cual invita a que una interpretación naturalista de la nación rellene el hueco. Las metas y las fronteras de la república no pueden ser establecidas sobre bases normativas. En términos puramente normativos, uno no puede explicar, ¿cómo podría estar compuesto el universo de aquellos que se distinguen en orden a formar una asociación de personas libres e iguales, y también en orden a regular su vida común con el sentido de la ley positiva en un destino o manera legítima? ¿Quién podría o no podría pertenecer a este círculo?

Desde un punto de vista normativo, las fronteras territoriales y sociales de un Estado constitucional son contingentes. La palabra real está sobre las contingencias históricas; sobre el curso accidental de los eventos; normalmente sobre las consecuencias arbitrarias de guerras o revoluciones, las cuales finalmente se apoderan del poder, definiendo los límites territoriales y sociales de una comunidad po

lítica. Es un error que data del siglo XIX, asumir que la pregunta por este evento o *litis* pueda ser contestada en referencia a un derecho de autodeterminación nacional. Precisamente la respuesta práctica de los fundamentos nacionalistas del evento, debe permanecer no resuelta.

Podría ser que la conciencia nacional, la cual cristaliza alrededor de la descendencia común, lenguaje e historia, por sí misma sea principalmente un artefacto. Ella, sin embargo, proyecta a la nación como una entidad imaginaria que madura y la cual, en contraste con un orden artificial de ley vigente, se presenta a sí misma como un asunto que no necesita justificación de su existencia pura. Este es el porqué de que el recurrir a una nación con raíces orgánicas sea capaz de acallar las contingencias de lo que ha pasado para establecer las fronteras estatales. El nacionalismo confiere a sus fronteras y a la actual composición de su comunidad política un aura substancialmente imitada y de legitimidad heredada. Entonces la nación naturalizada puede simbólicamente confirmar y fortificar la integridad social y territorial de la nación Estado.

Otra razón para el dominio de tal interpretación naturalista es mas trivial. Porque las identidades nacionales han sido fabricadas intencionadamente por las fuerzas intelectuales de escritores e historiadores y porque las conciencias nacionales han sido diseminadas a través de los modernos medios de comunicación, desde el comienzo los sentimientos nacionales pueden más o menos ser manipulados fácilmente. En las modernas democracias de masa, el nacionalismo es un recurso más bien caro, desde el cual gobiernos y líderes políticos se desplazan en ocasiones, cuando se ven tentados a explotar mecanismos psicológicos con el propósito de alejar la atención de los ciudadanos lejos de los conflictos sociales internos y de ganar, a vez, apoyo para sus políticas con el extranjero. La historia del Imperialismo Europeo entre 1871 y 1914, además del nacionalismo integral del siglo XX, no habla de las políticas racistas de los nazis -todos esos desarrollos prueban el triste hecho que en Europa la idea de una nación no provocó mucha lealtad a la Constitución, mas frecuentemente sirvió, en su etnocéntrica y xenofóbica versión, como un instrumento para movilización social segura, que sin resistencias se presentaba como la cosa correcta para realizar.

La conclusión normativa de la historia de los estados naciones europeos es obvia: el estado nacional debe flotar sobre el potencial ambivalente de nacionalismo, el cual originalmente ha sido el vehículo de su éxito. No obstante, nosotros podemos aún aprender de los logros del Estado nacional como

... el reverso de este acomodo es la no fácil tensión entre la autocomprensión nacionalista y republicana. El destino de la democracia depende de cuál domina a la otra.

cuando proveyó una base para una abstracta clase de legalidad mediada por la solidaridad. Además: con la institución de una ciudadanía igualitaria, la nación Estado no solamente provocó la legitimación democrática, sino que creó, otorgando la participación política, un nuevo nivel de integración social. Para llenar esta función democrática integrativa, la ciudadanía debió ser algo más que un *status* legal; ésta llegó a ser el foco de una porción de la cultura política. Esto provoca una cuestión escéptica, esta idea puede aun trabajar bajo las presentes condiciones de mayor complejidad y diversidad de las sociedades.

III

Originalmente, una nación más o menos homogeneizada facilitaba, como hemos visto, el ámbito cultural de la legalidad definida como nación de ciudadanos. Esta contextualización fue necesaria cuando la ciudadanía democrática también debió anudar los lazos de la responsabilidad mutua. Pero actualmente todos nosotros vivimos en sociedades plurales que se alejan del formato de una nación Estado basado sobre una población más o menos homogénea culturalmente. La diversidad en las formas culturales de vida, grupos étnicos, puntos de vista y religiones es enorme y crece. Exceptuando las políticas de purificación étnica, no hay ruta alternativa hacia las sociedades multiculturales. Aquí, nosotros aún no tenemos la opción de mover el muro de carga erradicando la desintegración social desde el nivel de la formación de la voluntad política y la comunicación política hacia el nivel de una nación supuestamente homogénea, como ha sido el caso del siglo XIX y comienzos del XX. Escondida detrás de la fachada de la homogeneidad cultural aparece el mantenimiento opresivo de la cultura mayoritariamente hegemónica. Sin embargo, si diferentes subculturas étnicas, religiosas y

culturales coexistieran e interactuarán sobre iguales términos dentro de la misma comunidad política, la cultura mayoritaria debe manifestar sus prerrogativas históricas para definir los términos oficiales de esta cultura política generalizada, la cual está distribuida en todos los ciudadanos sin distinción del origen y de los modos de vida. La mayoría cultural debe ser separada de lo que toda cultura política pueda unir. El nivel de la cultura política distributiva, puede ser estrictamente separado desde el nivel de subculturas e identidades pre políticas (incluyendo la de la mayoría) las cuales merecen igual protección una vez que se conforman a los principios constitucionales (como interpretación en esa cultura política particular).

Tales culturas políticas generalizadas tienen como sus puntos de referencia a las constituciones nacionales, pero cada uno contextualiza los mismos principios universales de soberanía popular y derechos humanos, desde la perspectiva de sus propias y diferentes historias particulares. Sobre esta base, el nacionalismo puede ser reemplazado por el llamado patriotismo de la constitución. Pero comparado con el patriotismo de la constitución nacional a mucha gente le parece como una cadena delgada de la que penden complejas sociedades juntas. Entonces el problema permanece, bajo las condiciones de distribución de una cultura política liberal, que puede a todos los ciudadanos democráticos sustituir su contexto cultural más o menos nacionalmente homogéneo, en el período inicial de la nación Estado, en donde fue encajonada una vez.

Esto es actualmente un problema aún para los países clásicos de inmigración como los Estados Unidos. Por comparación, la cultura cívica de los Estados Unidos proveyó más espacio para la coexistencia pacífica de los ciudadanos con identidades culturales anchamente divergentes, permitiendo a cada una de ellas ser al mismo tiempo un miembro y un extranjero en su propio país. Pero el fundamentalismo surgiente y el terrorismo (como en

Oklahoma) son signos alarmantes de que el respaldo de una religión civil, interpretando una historia de 200 años, está casi por romperse. Mi sospecha es que la cultura política liberal puede estar junto a las sociedades multiculturales si la ciudadanía democrática paga en términos no solamente de derechos políticos y de libertad, sino también de derechos sociales y culturales. La ciudadanía democrática puede levantarse y aun extenderse al lado de un mero *status* legal sólo si cambia hacia los valores del bienestar social y del reconocimiento mutuo entre la variedad existente de formas de vida. La ciudadanía democrática desarrolla sus fuerzas de integración social, es decir, genera solidaridad entre extranjeros, si pueden ser reconocidas y apreciadas como mecanismos de aseguramiento de la infraestructura legal y material de ciertas formas preferentes de vida.

Esta clase de respuesta es, en la última parte, sugerida por una clase de Estado de bienestar, el cual se pudo desarrollar en Europa durante un cortó periodo después de la Segunda Guerra Mundial, bajo condiciones favorables que, sin embargo, no fueron duraderas. En ese tiempo, las baterías particulares fueron cargadas con las peores consecuencias posibles del nacionalismo racial integral. Las sombras de un balance nuclear sacudieron a los superpoderes: las fronteras habían cesado de ser un ámbito decisivo. Sin embargo, en el territorio de los países europeos -no precisamente las dos Alemanias- fueron denegadas las políticas extranjeras. Los conflictos internos cesaron de ser procesados con el disfraz de la primacía de las políticas extranjeras. Dadas estas condiciones, llega a ser posible separar la comprensión universal del Estado constitucional, de su desarrollo a partir de su enlace con los modos de poder político tradicionales, motivados por los intereses nacionales. A pesar de la imagen hostil de un enemigo comunista, hubo gradualmente un movimiento que se alejó de los eslabones conceptuales de las libertades y de los derechos civiles, con la ambición de una autoafirmación nacional. La libertad nacional no fue el tópico prevaleciente, ni aun en Alemania occidental.

Esta tendencia hacia lo que podría ser llamada una autocomprensión "post nacional" del Estado constitucional ha sido un poco pronunciada en la República Alemana anterior, dada su situación especial y del hecho de que fue después de todo, privada formalmente de su soberanía externa. Sin embargo los antagonismos de clase del pacífico Estado de bienestar han creado una nueva situación en muchos países europeos. Sea bajo gobiernos conservadores o socialistas, los sistemas de seguridad social fueron erigidos o expandidos por todos lados, polí-

ticas de igualdad de oportunidades fueron implementadas, las reformas en áreas como educación, familia, ley criminal y sistema penal etc. Esas reformas estrecharon y expandieron la substancia de la ciudadanía y, esto es importante en nuestro contexto, hicieron más sutilmente conocedor al público general de la prioridad de ser apegado a la decisión de implementación de los derechos básicos. La ciudadanía por sí misma habría llegado a darse cuenta más y más de la relevancia de que la nación de diferente gente debe preservar sobre y en contra de la imagen natural de nación homogénea de "Volksge-nossen", donde cada uno que se identifica por los orígenes y colectivamente se cierran a sí mismos con respecto de aquellos quienes aparecen ante ellos como diferentes o alienos.

Si bajo estas circunstancias favorables el sistema o las luchas son elaboradas o extendidas, cada ciudadano puede percibir y llegar a apreciar a la ciudadanía como un corazón del cual la gente conjuntamente depende, y que los hace al mismo tiempo interdependientes y responsables cada uno de todos. Ellos perciben que la autonomía pública y privada presupone a cada uno en la manutención y en la incrementación de condiciones necesarias para formas de vida preferentes. Ellos intuitivamente se dan cuenta de que sólo pueden sucederse en una regulación del destino de su autonomía privada, si ellos hacen un uso apropiado de su autonomía cívica, y así solamente están autorizados para hacerlo sobre las bases sociales que los constituye a ellos, como personas privadas, en suficientemente independientes. Ellos aprenden a concebir la ciudadanía como una armazón para la dialéctica entre la libertad legal y la libertad actual, desde la cual el destino y las condiciones convenientes de vida para todos pueden emerger.

Mirando el pasado de las pocas décadas de las sociedades de bienestar europeas, tenemos que admitir que esta dialéctica aún está en pie. Si queremos explicarlo, debemos echar una mirada a las corrientes que reciben atención bajo el título de globalización.

2) Globalización significa transgresión, la remoción de fronteras y entonces un peligro para una nación estado el cual casi neuróticamente mira sus límites. Anthony Giddens ha definido "globalización" como "la intensificación de relaciones a lo ancho del mundo, las cuales ligán localidades distantes de tal manera que los sucesos locales son creados por eventos acaecidos en muchas millas de distancia y viceversa". La comunicación global se realiza en un lenguaje natural (la más frecuente es vía los medios electrónicos de comunicación) o en códigos especiales (sobre todo los casos referentes

al dinero y a la ley). Desde estos procesos surgen dos corrientes opuestas, las cuales dan aquí al término "comunicación" un doble significado. Ella promueve tanto la expansión de actores (individuales o colectivos) conscientes como de la diferenciación y rango de sistemas, cadenas de comunicación u organizaciones. La maduración de sistemas y redes de comunicación promueve la multiplicación de contactos posibles y de información; pero eso no estimula la expansión de un mundo intersubjetivamente distribuido. Actualmente no es claro si una conciencia expansiva, que depende de un más alto orden de intersubjetividades en un cada vez más grande universo de significados distribuidos, será capaz de expandir los sistemas expansivos, o tal vez, los procesos sistémicos, habiendo tomado vida propia, más bien se dirigirán a la fragmentación de una multiplicidad de aldeas globales sin conexión unas con otras.

La nación Estado verdaderamente proveyó de un esqueleto en el cual la idea republicana de una comunidad, conscientemente auto influenciándose, podría ser articulada e institucionalizada. Hoy, sin embargo, la globalización de aquellas mismas corrientes que originalmente dieron pie a la nación estado, pone a las soberanías en cuestión. Veamos la soberanía interna. Los estados individuales son menos y menos capaces de controlar la economía nacional como una provisión de su propiedad. Claro, el capitalismo se ha desarrollado desde el comienzo en las dimensiones de un sistema mundial (Wallerstein) y por siglos las dinámicas de acumulación han más bien reforzado la posición de los estados europeos nacionales. Los estados soberanos pueden muy bien vivir con zonas de libre comercio, también. Pero ellos solamente se benefician de sus economías en tanto que en ese desarrollo, en el formato de economías nacionales, sus gobernantes puedan efectivamente influenciar en términos de políticas económicas, financieras y sociales. Sin embargo, las metas de tales políticas es detenerse. Por otro lado, con la internacionalización de los mercados financieros de capital y trabajo, los go-

El logro más grande del Estado constitucional fue sustituir la fuerza integrativa de la ciudadanía democrática por las desgastadas formas tradicionales de integración social

biernos nacionales sienten abrirse la brecha entre sus metas limitadas de acción y los imperativos contracorrientes, no primariamente de las relaciones comerciales sobre el planeta, sino de las relaciones de producción globalizadas por las redes de comunicación. Estas escapan de las políticas intervencionistas cada vez más, no solamente de la distribución monetaria, sino de la promoción industrial, subsidios crediticios, protección de tari-

fas. La legislación y su administración nacional ya no tienen un impacto efectivo sobre los actores transnacionales, quienes toman sus decisiones formales a la luz de la comparación de las condiciones relevantes de producción en una escala global.

Mientras la economía del mundo opera, en gran medida desligada de toda construcción política, los gobiernos nacionales están restringidos a crear la modernización de sus economías nacionales. Como una consecuencia, ellos tienen que adaptar su sistema de bienestar nacional a la llamada capacidad para competir intencionalmente. Entonces ellos están forzados a permitir que las fuer-

zas de solidaridad social ulteriormente se sequen. Una señal alarmante es la emergencia de una clase subterránea. Grupos más y más marginalizados son gradualmente segmentados del resto de la sociedad. Aquellos quienes ya no son capaces de cambiar su lucha social sobre su propiedad, son la izquierda para con su propiedad. La segmentación no significa, sin embargo, que una comunidad política puede simplemente separarse de una superflua sección sin encarar ciertas consecuencias. A largo plazo, hay tres de ellas (las cuales llegan a ser obvias ya en países como la US). Primero, clase subterránea, que crea tensiones sociales que solamente pueden ser controladas en términos represivos. La construcción de faltas ha llegado a ser una creciente industria. Segundo, la destitución social y los envíos físicos no pueden ser confinados localmente; el veneno de los ghettos se distribuye en la infraestructura de las ciudades y regiones, permeando los poros de la sociedad total. Finalmente, y en nuestro contexto más relevante, la segmentación de las mi-

norias, quienes son despojadas de una voz audible en la esfera pública trae con ella una erosión de la moralidad, algo que ciertamente mina las fuerzas de integración de la ciudadanía democrática. Formalmente las decisiones correctas, las cuales reflejan ambos *status* de ansiedad y de autodefensa xenofóbica de las clases medias en peligro, deben minar los fundamentos de la legitimidad de los procedimientos e instituciones del Estado constitucional. En esta ruta, los grandes logros de la integración social a través de la simple participación política será jugada de nuevo.

3) Este es un escenario, el cual está lejos de no ser realista, pero es solamente una entre varias perspectivas. No hay leyes históricas, y los seres humanos, aun las sociedades, son capaces de aprender. Una manera de salir del *impasse* que he descrito, está indicado por la emergencia de regímenes supra nacionales en el formado de la Unión Europea. Nosotros debemos tratar de salvar la herencia republicana, trascendiendo los límites de la nación estado. Nuestras capacidades de acción política deben mantenerse con la globalización de sistemas autorregulatorios y redes de comunicación. A la luz de este análisis, la decisión de la Suprema Corte de Alemania sobre el tratado de Maastricht revela una ironía trágica. Las fuertes reservas de la Corte se han basado en contra de la ulterior extensión de la Unión Europea, sobre el argumento de que el Estado constitucional requiere una cierta cultura homogénea de la gente. Este argumento es sintomático de una actitud defensiva, la cual de hecho acelera la erosión de la ciudadanía que intenta contar. En vista de ambas, el creciente pluralismo

dentro de las sociedades nacionales y los problemas globales de los gobiernos nacionales, hacen frente desde fuera, la nación estado ya no podrá proveer la forma apropiada para mantener la ciudadanía democrática en el futuro. Lo que parece generalmente ser necesario es el desarrollo de capacidades para la acción política sobre un nivel entre y arriba de las naciones estado.

Mientras que en el campo de las relaciones internacionales y las políticas de seguridad éstas pueden ser trazadas al último, líneas para alguna clase de "políticas mundiales domésticas", las políticas presentes parecen ser inmensamente impotentes en la fase de la economía mundial. No puedo tratar esos problemas aquí, pero me gustaría terminar con algo más esperanzador. Si vemos la agenda del arreglo de los cuatro últimos ápices de la tierra bajo los auspicios de la ONU -riesgos ecológicos en Río, derechos humanos en Viena, pobreza y problemas sociales en Copenhage, clima en Berlín,- ciertamente no tenemos el fugaz sentimiento de que la publicidad mundial tenga un efecto inmediato sobre los gobiernos de los grandes poderes; más bien lo que conseguimos en este panorama es una conciencia distribuida de los riesgos globales, al impacto de los cuales casi nadie escapará, si esas corrientes globales no son controlables y reversibles. En vista de la multitud de fuerzas de desintegración dentro y al lado de las sociedades nacionales, hay un hecho que apunta en dirección opuesta: desde el punto de vista de un observador, todas las sociedades son ya partes y parcelas de una comunidad de riesgos distribuidos, percibidos como cambios para la acción política cooperativa.